



ALAS CUATRO DE LA TARDE
La Agencia Fabra nos trasmite hoy los siguientes DESPACHOS TELEGRÁFICOS:
Londres, 3.
Algunos periódicos ingleses publicaron anoche ediciones especiales anunciando la muerte del emperador Guillermo.

La Cámara entera, presa de la mayor tristeza, se ha asociado a la emoción de profundo sentimiento por la gran desgracia que amenaza a Alemania con la grave enfermedad del emperador.
Ha recibido el emperador la última comunión según el rito luterano. El pastor Stoeker no abandona palacio.
Circula el rumor de que el emperador ha muerto, rumor reproducido por dos periódicos que acaban de salir. (De El Liberal.)

Fabra en que se nos comunica el funebre suceso, dice así:
«Berlín 3 (9-20 m.) (Recibido á las 10-25.)
Urgente.
El emperador Guillermo ha fallecido á las ocho y media de la mañana de hoy.»
Otro despacho de Londres de esta agencia, recibido por la vía de Vigo, fechado á las 10 1/2 de la mañana confirma este telegrama.
La noticia es ya oficial.
Hoy al medio día recibió el gobierno un telegrama de nuestro representante en Berlín, fechado á las once y veintiseis minutos ratificando los anteriores en esta forma:
«El emperador de Alemania ha muerto á las ocho y treinta de la mañana.»
Acto seguido los señores presidente del Consejo y el ministro de Estado se dirigieron á palacio á dar cuenta á S. M. la reina del anterior telegrama.

La salud del rey decata, por lo que este entregó oficialmente en 1888 la dirección de los asuntos, con el título de regente, á su hermano Guillermo, quien aparenta una política liberal, alcanzando alguna popularidad.
Muerto el rey en 1888, su hermano Guillermo dió una amnistía á favor de los condenados políticos, se arrojó al partido liberal, haciendo las instituciones belicistas, y se dedicó al desarrollo de las instituciones militares y de la defensa del litoral.
Después de una visita á Napoleón III en Compiègne, se coronó en 1891, manifestando en gran pompa rey de Prusia, manifestando en su discurso del trono que lo era, solamente por la voluntad de Dios. El Parlamento conprobó nombrando presidente al jefe de la oposición, y fue deslucido; pero las elecciones dieron una Cámara aun más ingobernable, que rechazó el presupuesto militar y entonces Guillermo llamó á su consejo al que entonces era embajador en Francia, Mr. Bismarck, tan tenaz como él, pero más hábil.

emoción que nos producía el encontrarnos frente á frente.
Más tarde la decía en un telegrama:
«Qué momento el de mi entrevista con Napoleón.
«Estaba abatido, pero digno en su actitud resignada.»
Por consecuencia de estos triunfos, verdaderamente inusitados, el Parlamento alemán sancionó la unidad germánica invitó al rey de Prusia para que restableciera en su persona la dignidad imperial, como así lo hizo, en efecto, el 18 de enero de 1871 en el palacio de Versalles, morada favorita de Luis XIV.
Vencido París y firmada la paz, el emperador triunfante regresó á su país, del cual había estado ausente poco más de siete meses.
Al pasar por Saxebrunn, donde había comenzado por una época la memoria de la memoria, el emperador de Alemania respondió modestamente á la diputación que salió á felicitarle.

104 BIBLIOTECA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.
«¡Ay! sí, señor, hace doce años que ha muerto.
«¿Y vuestra sobrina?
«—También ha muerto.
«¡Oh! no, señor, no me acordaba de ella.
«—Mi sobrina murió quince días después que mi esposa y de la misma enfermedad; una de esas indias fiebres que, de vez en cuando, pasan por Marsella haciendo numerosas víctimas.
«Ahora ya no me queda nadie, vivo á solas con mis recuerdos.
«El anciano se había emocionado y furtivamente enjugó dos lágrimas.
«Tras un corto silencio, repuso:
«—Comprendo que Mr. Ferand haya conservado un buen recuerdo de mi mujer y mi sobrina, pues le envidiaré un verdadero interés.
«Puesto que mi narración os interesa, caballero, con vuestro permiso, continuare.
«—Sí, sí, continuad.
«Cuando Mr. Ferand quedó instalado en mi casa, mis amigos me ayudaron á despojarle de sus húmedas ropas, le pusimos una camisa mía y le acostamos en la cama de mi sobrina.
«Esta que se había levantado como su tía á nuestra llegada, había salido ya en busca de un médico de marina, un excelente cirujano á quien conocíamos.
«Llegó en seguida, examinó al herido, le vendó como era preciso y me dijo:
«—Cuidadle bien, le salvaremos.
«Al día siguiente violenta fiebre se apoderó del enfermo y durante cuatro días y cinco noches, estuvo delirando; era imposible que contestara á las preguntas que se le dirigían.
«Sin embargo, preguntando á unos y á otros, oíre saber que Mr. Ferand habitaba desde algún tiempo antes en una casa aislada á orillas del mar, del lado de los Catalanes, y que llamaban la casa de la playa.
«Yo conocía á Mad. Ferand, porque había tenido ocasión de encontrarla dos veces en compañía de su esposo.
«Era preciso darla cuenta de lo ocurrido á Mr. Ferand, y al mismo tiempo tranquilizarla, pues suponía que debía estar presa de mortal angustia.
«Me dirigí á la casa de la playa; estaba desierta.
«¿Qué significaba aquello?
«Me informé en los Catalanes y supe que la misma noche que los contrabandistas habían intentado asesinar á Mr. Ferand, su mujer había huido de su casa, y desesperada, loca de dolor se había precipitado con su hija en el mar.
«Diez y cinco personas me refirieron lo mismo.
«Hombres y mujeres habían oído los desgarradores gritos lanzados por la desgraciada antes de arrojarle al mar; un joven italiano, llamado Paolo, un vagabundo de la peor especie que se conoce, y que constantemente, día y noche, rondaba por la ribera, había visto á la pobre mujer ahogarse con su hija.
«Mr. Quevec, mi amigo Ferand me lo contó leyendo un día: el desgraciado está convencido de que su mujer no existe, pero no puede

admitir que la madre se suicidara con la niña.
«Además, según me ha dicho, no han encontrado los cadáveres.
«—Es verdad, caballero. Ahora os diré lo que pienso respecto á eso.
«Había llevado á Mr. Ferand á mi casa pensando que estaría un día ó dos, pero estuvo seis semanas, es decir, hasta que, completamente curado, nos abandonó.
«Desde que se le quitó la fiebre pude haberle enviado al hospital, pero mi mujer y mi sobrina no querían oír hablar de ello; era su enfermo, y deseaban conservarle y cuidarle hasta que estuviera curado.
«Como ya os he dicho, Mr. Ferand estuvo cinco días sin conocimiento; por fin, recobró la posesión de sí mismo; volvió la memoria, recobró la facultad de pensar, reflexión y pudo hablar; le dijimos que Mad. Ferand estaba enferma y que no podía ir á verla; en fin, contestamos del mejor modo posible á las numerosas preguntas que nos dirigía.
«Una emoción fuerte, le hubiera matado y, naturalmente, debíamos esperar que estuviera completamente fuera de peligro para decirle la espantosa verdad.
«Un mes tardó en entrar en la convalecencia, y para retenerle e impedirle que corriera á la casa de la playa, mi mujer y mi nieto tuvieron el valor de darle la terrible noticia.
«¡Ah! ¡pobre muchacho! Durante tres días, estuvo como loco y temimos nuevamente por su vida.
«Nunca he visto dolor semejante; era espantoso.
«A partir de aquel momento, se puso sombrío y taciturno; se había reconcentrado en sí mismo y no hablaba.
«En ciertas horas, sobre todo de noche, tenía crisis de espantosa desesperación; se retorcia en la cama como una culebra, golpeándose la cabeza y el pecho, arrancándose los cabellos, y más de una vez mi mujer y yo le oyeron gritar:
«—¡Soy el mayor miserable de la tierra! ¡Dios me ha maldito!
«Una mañana, después de darnos muchas muestras de reconocimiento, nos abrazó llorando y nos abandonó, diciendo:
«—¡Soy el hombre más desgraciado que existe! ¡Compadeceáme!
«Después, caballero, y hasta hoy, no había vuelto á oír hablar de Mr. Ferand, y muchas veces me pregunté lo que podía ser de él y lo que haría.
«En pocas palabras voy á satisfacer vuestra curiosidad: Durante muchos años, el pobre Ferand ha llevado una existencia agitada por todas partes, trabajando en todo cuanto encontraba trabajo; ha conocido toda clase de sufrimientos y toda clase de miserias; ha pasado días sin pan y ha llegado á mendigar para entretener el hambre; frecuentemente, no teniendo dinero, ha pasado muchas noches á la luz de la luna, durmiendo en el verde de los campos ó en los fosos de las carreteras.
«Y esta vida aventurera y vagabunda, esta vida de paria ha durado hasta el día en que,

llegó á París y encontró una ocupación que le puso al fin al abrigo de la necesidad.
«Ha vivido mucho tiempo en el Mediodía de Francia, andando de pueblo en pueblo, deteniéndose en todas las chozas y posadas; no hay un pueblo, en los departamentos del Mediodía, entre Marsella y Lyon, Montpellier y Burdeos que no haya recorrido y por decirlo así, que no haya brujuleado en todos sus rincones.
«Algo le decía que su mujer no se había suicidado con su hijo y lo buscaba.
«—Y no las ha encontrado?
«—Desgraciadamente!
«—Caballero, os he prometido decir mi pensamiento respecto á Mad. Ferand; pues bien, yo también estoy convencido de que no se arrojó al mar.
«El tío Anselmo cogió una de las manos del antiguo carabinero, y la estrechó con fuerza.
«—Lea en vuestros ojos, exclamó con voz vibrante de emoción, que habéis algo.
«—Sí, señor, y voy á deciros lo que sé, á fin de que podáis repetirlo á Mr. Ferand.
«—¡Ah! ¡hablad, hablad, Mr. Quevec!
«La casa de locos.
«Después de reflexionar algunos instantes, como si necesitara consultar su memoria, el anciano Juan Quevec, tomó la palabra.
«—Caballero—dijo—durante tres meses creí, como muchas personas que la pobre Mad. Ferand, en un momento de desesperación y desvarío, se había precipitado en el mar, con su pequeña en los brazos.
«Sin embargo, me extrañaba que los cadáveres no se hubieran recogido, pues en todo lo largo de nuestra costa, marselesa, no hay comederos, ni tabernas; y á deciros verdad, caballero, esto me intrigaba.
«Un día me invitaron á comer mis camaradas. Eramos cinco ó seis carabineros y un antiguo agente de la policía se encontraba entre nosotros.
«De pronto, hablando, no recuerdo á propósito de qué, comenzaron á hablar de la pobre mujer que se había ahogado con la niña y cuyo cadáver no habían encontrado.
«Cada uno daba su opinión; yo escuchaba tranquilamente.
«—Cuando sucedió la desgracia de que habéis hablado, preguntó el agente de policía.
«Los camaradas no se acordaban; pero yo contesté:
«—En la noche del diez al once de marzo último.
«—Eso debe ser—murmuró el agente.
«Sacó un librito del bolsillo, le consultó y repuso:
«—Sí, eso es, ó al menos, es una coincidencia muy rara. El once de marzo último—continuó—sobre las nueve de la mañana, encontré y detuve en una calle de la ciudad á una joven de notable hermosura.
«Al principio creí que era una mendiga; pero en sus extrañados ojos y en sus incoherentes

palabras reconocí bien pronto que aquella mujer era una pobre loca.
«Estaba pobremente vestida, viejos zapatos cubrían sus pies; su vestido, destrozado por varios sitios, estaba cubierto de polvo y salpicado de barro como si se hubiera revolcado en el fango.
«Sus magníficos cabellos castaño oscuro, muy largos, desgreñados, cubrían sus espaldas, cayendo hasta la cintura y el pecho y rodeando su rostro lívido, cuya dolorosa expresión era desgarradora.
«El tío Anselmo escuchaba con avidez, con los ojos desmesuradamente abiertos y la mano apoyada en el corazón, como para comprimir los latidos precipitados.
«Estaba muy pálido y su mirada tenía una claridad febril...
«Pero el antiguo carabinero no tenía tan buena vista como en otros tiempos, no notaba el estado de agitación de su interlocutor.
«Y prosiguió:
«—El agente nos hizo con tanta propiedad, retrato de la pobre mujer, que creí reconocido á Mad. Ferand; pero como no estaba completamente seguro de que fuera ella, guardé mi pensamiento para mí solo.
«No obstante, caballero, no tengo necesidad de deciros que si hubiera sabido dónde estaba Mr. Ferand, me hubiera apresurado á anunciaroselo.
«—Os comprendo, Mr. Quevec; pero qué hicieron de la desgraciada, lo sabéis?
«—El agente la condujo á las oficinas de policía.
«Allí la interrogaron pero no pudieron obtener de ella ninguna palabra inteligible; parecía presa todavía de un gran terror.
«Abrieron una interrogatoria, y como nadie fué á reclamarla ó decir que la conocía, quedó desatendida y la condujeron como tal al asilo de locas del Bon-Pasteur.
«El tío Anselmo se levantó bruscamente; no podía continuar por más tiempo en aquel sitio.
«—Mr. Quevec—dijo—no dejare de repetir fielmente vuestras palabras á mi amigo Ferand, y en su nombre os doy las gracias.
«De modo que creéis que la desgraciada de que habéis era Mad. Ferand?
«—Creo que debía ser ella, caballero, pero no puedo afirmarlo.
«—Creéis que continué en el asilo del Bon-Pasteur?
«—Diantre, no lo sé... ¡Hace de esto veintidós años, caballero, y puede haber muerto!
«El tío Anselmo experimentó una violenta conmoción que le hizo vacilar. Pero, tranquilizándose en el acto:
«—No, no;—se dijo poniéndose en pie, con la mirada brillante.—Dios que ha velado por la hija habrá conservado los días de la madre.
«Teneis razon, Mr. Quevec—repuso en alto voz—en veinte años la muerte ha hecho numerosas víctimas; cuando se ha llevado vuestra mujer y vuestra sobrina, no hay razon para que no haya hecho lo mismo con una pobre loca.
«—¡Ah! la muerte, la muerte! Es cruel, ¡hija á derecha e izquierda! ¡Escoger sus víctimas!

105
«¡Ah! la muerte, la muerte! Es cruel, ¡hija á derecha e izquierda! ¡Escoger sus víctimas!



